

GRACIAS MINERVA.

Buenas tardes a todos y muchas gracias por estar aquí. Teniendo en cuenta que nos encontramos en la semana de Navidad, llegar al centro de Madrid es una autentica proeza. Si además el motivo es asistir a la presentación de una novela, la cosa tiene merito. Si, para colmo, la novela es mía, deberíais hacéroslo mirar. Bromas aparte, gracias de veras.

Hoy se hace realidad un proyecto que se inició hace ya bastante tiempo, demasiado quizás, pero que tuvo retrasos por diversas causas, entre ellas el fallecimiento de mamá. Pero sin duda, la principal fue que, en medio del proceso de creación, sufrimos el devastador golpe de la muerte de Stella, mi cuñada favorita y eso, evidentemente, trastocó todos nuestros planes. Stella nos dejó muy pronto, en lo mejor de su vida y sólo guardo de ella buenos recuerdos. Era cariñosa, trabajadora y muy independiente. Siempre la sentí cerca de pesar de la distancia física que nos separaba. La pena de su pérdida nos sigue acompañando día tras día, pero se ve mitigada por la compañía de sus hijos, nuestros sobrinos, a los que intentamos entregar todo el amor que ya no podemos darle a ella. En cualquier caso, por todo el cariño que recibí de Stella mientras estuvo con nosotros, la novela está dedicada a ella.

Bien pues, como decía, esta historia se inició hace algunos años, cuando recibí un pequeño libro acerca del Castillo de Mascaraque. Ese libro me descubrió las leyendas que existían acerca del posible escondite de las piezas del tesoro de la Catedral de Toledo robadas por María Pacheco. Ese fue el germen, a partir del cual la novela empezó a tomar forma.

Y esto me lleva, antes de adentrarnos en analizar qué es esta novela, a decirles que, en primer lugar, esta obra está ligada de forma irremediable al recuerdo de una amistad. Mi amistad con José Sierra, propietario del Castillo de Mascaraque, quien editó y me envió el libro al que antes hacía referencia.

Jose era un amigo de ley, valioso consejero, empresario de casta y excelente persona. Para mí era parte de la familia y todavía guardo con cariño el tarjetón que me envió tras leer mi primer libro, "*Allí donde el sol se pone*", animándome a seguir con esta afición. Le hice caso, pero nos dejó mucho antes de lo que debía y no pude, ni tan siquiera, enseñarle una primera versión de la novela. Por eso, hoy que la misma es una realidad, el primer agradecimiento, el más sincero y desde el recuerdo más entrañable, es para él.

Y ¿qué es esta novela? Pues, como me sucedió con mi primera obra, es el resultado de la curiosidad y de mi afición por la Historia. Como decía, el pequeño libro de Jose, me puso frente a la figura de María Pacheco, la Leona de Castilla, también llamada "el último comunero", sí así, en masculino, quizás porque tuvo los arrestos suficientes para seguir combatiendo una vez que los tres líderes habían sido decapitados en Villalar. Poco se conoce de ella, pero es que la Historia la escribieron quienes la derrotaron que, además, eran hombres. Hombres a los que, sin duda, dio más de un quebradero de cabeza y que no estuvieron dispuestos a que su figura ocupara un lugar relevante en la memoria colectiva.

Pero dejadme decirlos que, tras haber leído e investigado acerca de ella, creo que fue una mujer excepcional, con convicciones profundas, un carácter fuerte e indómito y que quemó su vida por defender la causa de su marido del que, a pesar de su negativa inicial a contraer el matrimonio acordado

por su padre, cayó irremediablemente enamorada cuando le conoció.

Pensemos en una mujer del siglo XVI que fue capaz de enfrentarse, una vez viuda, a todo un Emperador. Plantarle cara, resistir seis meses en la ciudad de Toledo y, sólo cuando todo estaba perdido, huir hasta Portugal y pasar allí el resto de sus días sin pedir nunca clemencia, probablemente porque sabía que nunca le sería concedida. Lo único que pidió a sus fieles fue que intentaran que sus restos reposaran algún día junto a los de su marido. Aunque nunca lo consiguió, fue una prueba más de su amor incondicional.

Es curioso como el amor fue, una vez más, la fuerza motriz de un bello sueño.

No voy a profundizar mucho más en su figura, solo decir que lo que fui conociendo de la Pacheco, me llevó a modificar la estructura inicial de la novela para optar por una narración en dos tiempos que me permitiera rendir tributo a la comunera.

Tampoco voy a entrar de lleno en lo que significó la lucha de las comunidades castellanas, no es el momento. Los líderes comuneros intentaban desde luego proteger sus intereses pero no es menos cierto que, al hacerlo, también defendieron los de sus conciudadanos frente a un poder ejercido por alguien venido de fuera que les ignoró desde el primer momento. Y en esa defensa pusieron en juego todo lo que poseían, perdiendo, incluso, la vida. Por eso os diré que creo que es el movimiento más romántico e idealista de nuestra historia.

Seguramente no podía ser de otra forma si pensamos que su líder Juan de Padilla, por cierto líder elegido entre sus iguales por aclamación de los ciudadanos castellanos y no por imposición, fue capaz de escribir como inicio de la carta de adiós a su mujer,

en momentos tan dramáticos como los previos a su ejecución, algo tan bello y capaz de encoger cualquier corazón como:

Señora, si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado.

Terminaré diciendo que estoy convencido que, de haber triunfado este movimiento, la historia de nuestro país hubiera sido muy diferente ya que se hubiera arrancado de la monarquía el reconocimiento de derechos que después, tardamos muchos años, en realidad siglos, en conseguir.

Entrando ya en la novela, lo cierto es que a partir de la información recopilada, intenté construir una historia en la que los personajes, más incluso que la trama, fueran el núcleo principal de la misma. En ello he puesto toda la intención, porque muchos de los que aparecen en esta historia son, de alguna forma, parte de la mía. Como dije ya una vez, creo que cualquier escritor deja en sus obras jirones de sí mismo, y ésta no es una excepción.

Y a través de esos personajes, de sus historias, de sus relaciones, fui configurando un homenaje a muchas cosas diferentes, algunas mayores y otras menores. Así que, si os parece, haré un breve repaso por ellas aunque sin seguir orden de ningún tipo.

Para empezar, la novela es un homenaje a las mujeres, no en vano, dos son las protagonistas principales. Creo que lo merecen. Han tenido que vivir demasiado tiempo en un mundo construido y manejado por hombres temerosos de lo que ellas son capaces de hacer. Sin embargo me gustaría particularizar este reconocimiento en aquellas que, bien por el tiempo que les tocó

vivir o bien porque tomaron una decisión que se me antoja muy difícil, creo que merecen una gratitud especial.

Me refiero en el primer caso, a esa generación de mujeres a la que perteneció mi madre, que vivieron de niñas el desastre de la guerra civil, que se educaron en un ambiente rígido, en una sociedad cerrada y encerrada y que, ya mayores, tuvieron que convivir con asuntos para las que nadie les preparó, como las drogas o la libertad sexual. Cosas que, lógicamente, no acababan de entender, a pesar de lo cual, de una manera u otra, con mayor o menor éxito, las manejaron.

Mujeres que además, después de ser buenas madres, fueron excelentes abuelas evitando, si podían, que sus nietos pasaran horas de más en la guardería. ¡Un lujo de abuelas! Como pueden certificar Alejandra, Rafa, y mis sobrinos.

Como dijo el periodista Fernando Fernández y cito textualmente porque creo que sus palabras no tienen desperdicio:

Ellas, que no sabían de derechos humanos ni de Constituciones, que no hablaban mas idiomas que el latín de su breviario, que no tenían más cultura política que la Formación del Espíritu Nacional y la doctrina social de la Iglesia, fueron capaces de educar ciudadanos libres y tolerantes sin necesidad de adoctrinamiento ni de Educación para la Ciudadanía. Cuanto podríamos aprender todos de las mujeres de esa generación. Ellas si tenían valores y dedicación completa a los suyos para hacer una España mejor.

Creo que no olvidar lo que hicieron es hacerles justicia de alguna forma.

Y así enlazo con el segundo grupo de mujeres al que va especialmente dirigida mi gratitud: aquellas que teniendo todo en su mano para desarrollar una brillante carrera profesional, para

gozar de una independencia económica, para no limitarse a un mundo más reducido, renunciaron voluntariamente a todo ello para criar a los hijos que parieron.

No quiero que se me malinterprete, la incorporación de la mujer al mundo laboral ha sido uno de los mayores logros sociales, ha supuesto un cambio positivo para la sociedad en términos generales y, en particular, para las mujeres que han podido liberarse, en muchos casos, del secuestro que suponía la falta de independencia económica. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que en aspectos como la educación de los niños el resultado me parece más dudoso.

El trabajo del hogar es ingrato, reiterativo y en él, todo se da por supuesto. Así que asumirlo para poder dar toda la atención posible a unos hijos, me parece admirable. Por eso, creo que las mujeres de mi generación que libremente tomaron esa decisión son dignas de este reconocimiento. Es cierto que hay que tener la posibilidad económica de hacerlo lo que, en los momentos que vivimos, es más complicado. Pero no es menos cierto que, sobre todo, hay que querer.

Yo, tengo el ejemplo a mi lado de quién así lo hizo, y sé que mis hijos han disfrutado de algo impagable. Si hoy son lo que son se lo deben a su madre mucho más que a mí y creo que ninguno de los éxitos profesionales que yo haya podido alcanzar se acerca, ni de lejos, al de verlos convertidos en lo que son hoy en día. Lo cierto es que aunque Lucía siempre me dice que ella no cambiaría la mejor carrera profesional por el tiempo que ha pasado junto a nuestros hijos cuando eran pequeños, creo que ni ellos ni yo podremos nunca devolverle una mínima parte de lo que nos ha dado.

En otro orden de cosas, aparece mi barrio, Chamberí, que es escenario de una parte importante de la novela. Ha cambiado

mucho, pero sigue siendo uno de los más castizos de los madriles. Ya no tiene aroma de verbena, ni ecos de zarzuela, ni compases de chotis y organillo. Pero sigue teniendo a su Virgen del Carmen, que es la mía porque era la de mamá y, sobre todo, guarda mis recuerdos de niñez y mis ilusiones adolescentes. Por eso le sigo queriendo y nunca dejará de ser parte de mi.

Y en este recorrido, tras mi barrio, en la novela encontrareis a Madrid. Pero no tanto al actual, si no el de la posguerra y los años cincuenta. El Madrid de una época complicada, plagada de dificultades, con muchas privaciones. Pero también, y a pesar de todo, un Madrid lleno de ilusión, de ganas de vivir y, probablemente empujado por el intento de olvidar el episodio más cruel de nuestra Historia, concentrado en salir adelante, mejorar y ser feliz. Mi homenaje es para aquel Madrid porque, con él, se lo hago también a mis padres y a toda su generación.

Y por supuesto hablando de ciudades, Toledo. Ciudad cargada de historia, de arte en todas sus expresiones. El Toledo de “El Greco”, de Berruguete, de Garcilaso o de las leyendas de Becquer. Ciudad abrazada por el Tajo, en la que sigue siendo una experiencia especial perderse por su calles para respirar ese ambiente medieval que todavía conserva. Ciudad que fue un ejemplo histórico de tolerancia y en la que, tras su conquista por Alfonso VI, tres culturas, tres religiones más bien, demostraron que la convivencia es posible mientras no se comporten como fanatismos intransigentes. Por cierto, hasta donde sé, no había ninguna alianza de civilizaciones de por medio.

Uno de los placeres que sin duda me ha proporcionado escribir esta novela, han sido algunas escapadas a esa ciudad en busca de información. En ellas he disfrutado con la abrumadora vista de la ciudad desde su Parador o con una contemplación reposada e íntima de “El expolio” de El Greco y en sus calles he

comprendido y compartido las palabras de Isabel la Católica cuando dijo: “Solo me siento necia en Toledo”. Creo que no se puede expresar mejor lo que representa esa ciudad.

Para terminar este recorrido casi geográfico, como no podía ser de otra forma, he querido honrar a Castilla que, para mí, lejos de la artificiales e interesadas divisiones políticas, es sólo una y diferente a la suma de las dos actuales. Castilla, que guió la construcción de nuestra nación, es una tierra entregada que siempre ha vivido mirando hacia fuera, quizás por que era triste mirar hacia su interior. Sus gentes son sobrias, adustas, pero cabales y trabajadoras. Castilla nos ha dado un sinfín de hombres ilustres, desde Alfonso X El Sabio, Garcilaso, Fernando de Rojas o Fray Luis de León hasta Buero Vallejo o Miguel Delibes por ceñirme solo al campo de la literatura. Hace ochenta años alguien dijo unas palabras que creo que la describen muy bien:

Castilla, es la tierra sin galas ni pormenores, la tierra absoluta, la tierra como depositaria de valores eternos: la austeridad en la conducta, el sentido religioso en la vida, el habla y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes. Así, Castilla, nos hace entender cómo fue aquella España que no tenemos ya, y nos aprieta el corazón con la nostalgia de su ausencia.

Bellas y certeras, ¿verdad? Es curioso como el devenir de los acontecimientos, pone en valor palabras añejas. Espero que nadie se sienta agredido, o indignado que está más de moda, al conocer que las pronunció José Antonio Primo de Rivera. En cualquier caso si eso sucede, para tranquilidad de quien sea le diré que, además de que su prosa y su oratoria fue reconocida incluso por sus enemigos políticos, estoy convencido de que de no haber muerto fusilado en Alicante, José Antonio hubiera terminado igual, o exiliado en el mejor de los casos, unos años

más tarde. Además, ahora que se nos van pasado urticarias y prejuicios estúpidos, una novela que incluye su figura como uno de los elementos principales, ha ganado el premio Planeta y creo que eso es buena señal.

Bueno, y para ir terminando, contarles que aparecen también en la historia mis aficiones favoritas los toros y el flamenco.

De la primera, siempre he dicho que es un espectáculo que no deja lugar a la tibieza. Cuando no se es capaz de entender el valor irracional que hace falta para enfrentarse a un toro, de ver la plasticidad y escuchar esa música callada de la que hablaba Bergamín, que se derrama en la lidia, es muy difícil su visión y comprendo perfectamente que pueda generar rechazo.

Pero, con pena, no puedo dejar de decir que la prohibición en Cataluña nada tiene que ver con eso. Tampoco con el amor por los animales, pues nadie se ha preocupado por los “correbous” o la caza. Lo que ha pasado allí sólo se explica por el carácter indisolublemente español que tiene la Fiesta. Desgraciadamente ese es el único motivo real.

Respecto al flamenco, por fin, los que amamos esta expresión de sentimiento, hemos tenido la alegría de verlo declarado Patrimonio Inmaterial Cultural de la Humanidad por la UNESCO. El flamenco estuvo años apestado, identificado erróneamente como representación de una época trasnochada. Nada más equivocado, el flamenco ha sido siempre reivindicativo, ha buscado el mestizaje, ha vivido y bebido en los estratos sociales más bajos y ha representado el clamor permanente de un pueblo maldito para la sociedad, pero bendecido por los dioses: los gitanos. Ahora que está de moda, algunos recordamos cuanto tiempo estuvimos defendiéndolo frente a esa progresía de salón que hoy lo exalta.

He de decir que gracias a mi madre, aprendí a amar la música desde pequeño y, lo que es más importante, a no discriminar a priori ningún tipo ni estilo. Se lo agradeceré siempre, porque eso me ha permitido y me permite disfrutar con cosas tan diferentes como la ópera, un bolero, un rock o unas bulerías.

Por eso, la novela está impregnada de un reconocimiento a esa forma de arte y, muy en especial, al que crea Mayte Martín. Muchas de las páginas han sido escritas mientras la escuchaba y por tanto, es parte de la novela. Mayte es la cantaora con más compás y la voz más templada de la actualidad. Es una artista completa, que no se ha ceñido al flamenco e igual borda un bolero que te inunda de emoción al poner música a los versos de Manuel Alcántara. Tiene poesía en su voz y escucharla, es un bálsamo para el alma.

Espero, algún día no muy lejano, poder agradecerle personalmente los numerosos momentos de inspiración que me ha brindado.

Para remate, cuando ha conocido la publicación de esta novela, ha tenido la deferencia de enviarme un cariñoso correo que no me resisto a leeros:

rafa, muchas gracias por hacerme partícipe de tan bonita historia...

me da mucho gusto saber que de alguna manera formo parte de procesos creativos de otras personas. es hermoso.

te deseo mucha suerte con tu libro,

un abrazo, rafa...

mayte.

Lo dicho: una fuera de serie.

Y ahora de verdad, para terminar, aquello con lo que debía haber empezado, los agradecimientos.

El primero es para todos los amigos que durante estos años, me habéis alentado y animado a seguir con mi afición a la escritura. La constante pregunta de: ¿Para cuando el próximo?, ha sido un estímulo para que la novela sea hoy una realidad. Espero que no os defraude.

En segundo a mis maestros, Eliane y Jorge, ambos aquí presentes lo que agradezco de todo corazón. De ellos he aprendido muchas cosas, sobre todo, que esto es un asunto de pasión, pero también de voluntad, de trabajo constante y, en parte, como dice Jorge, de esquizofrenia. Y es que para escribir una novela, uno tiene que estar dispuesto a un constante entrar y salir del mundo irreal que está tratando de dibujar. Tiene que volar, pero permaneciendo siempre parcialmente anclado a ese mundo real en el que se estropea el portátil, suena el teléfono, es la hora de comer o hay que ir a la tintorería.

Y todo para construir una historia llena de mentiras que, sin embargo, si el escritor hace bien su trabajo, el lector apreciara como verdades. Y es que, usando sin autorización palabras de Jorge Benavides: “Una novela es una mentira con todas las coartadas posibles”.

Tengo que decir que, además de usar sus palabras, sería casi ilícito no agradecer de forma especial a Jorge, más allá de sus enseñanzas, su inestimable aportación a este libro. Él me ayudó a corregir errores, mejorar páginas y replantear aspectos de la novela. Su ayuda ha sido imprescindible y sin ella, lo que vais a leer hubiera sido de una calidad, sin duda, inferior. Por eso quiero recalcar que los fallos que seguro existen, sólo se deben a mi tozudez al negarme a seguir alguna de sus indicaciones. Jorge, esta novela es también tuya en alguna medida. Gracias de verdad.

Y como no, agradecimiento a Escriba editorial, a Minerva y a Sonia, por su confianza, ayuda, esfuerzo y, sobre todo, por su eterna paciencia. Han hecho un trabajo estupendo en un tiempo record y si hemos llegado a tener el libro en esta fecha, es gracias a su saber hacer y su trabajo. Gracias.

Y por último mi agradecimiento infinito, el que sale desde más adentro, para Alejandra, Rafa y, sobre todo, para Lucía. Ellos soportan mis “ratos invisibles” esos en los que, como decía antes, vuelo al mundo irreal. Es cierto que Lucía, un poco harta de esas “ausencias”, decidió iniciar su aventura universitaria. Pero, una vez más, hasta en eso, ha pensado en mí y ha buscado la forma de ser mi complemento. Porque estoy seguro de que sus estudios de Humanidades, me serán tremendamente útiles en futuras empresas literarias.

En cualquier caso son ellos: Lucia, Alejandra y Rafa quienes, día tras día, me dan su amor incondicional, soportan mis sinrazones y me llenan de motivos para seguir adelante. Para ellos y por ellos hago todo esto. Sois mi vida y os quiero.

Y ahora si, nada más, sólo recordaros que están a punto de llegar Papá Noel y los Reyes Magos y que regalar un libro es una opción económica, que permanece ajena a las modas y que desmiente aquello tan manido de que: “todo lo bueno o es pecado o engorda”. Los libros no y además son la única forma que tenemos para regalar a quienes queremos todo un mundo de ilusiones. Si además es de un amigo haréis felices a dos personas.

Bromas aparte, antes de que Minerva cierre este acto y mientras tomamos una copa firme el libro a todos los que así lo queráis, sólo me queda deciros que espero de verdad que disfrutéis con esta novela, que os entretenga y que os haga pasar buenos ratos.

Pero si no es así, hacedme caso, dejarla en un rincón y buscad otra lectura. No perdáis el tiempo con ella, pero no dejéis de leer porque, como dijo mi admirado Vargas Llosa en su discurso de recepción del Nobel: “...*tenemos que seguir soñando, leyendo y escribiendo, la más eficaz manera que hayamos encontrado de aliviar nuestra condición perecedera, de derrotar a la carcoma del tiempo y de convertir en posible lo imposible*”.

Muchas gracias.